



Verdad y Anuncio de la Fe



Pa. Ntra. Sra. Reina del Cielo ✧ Año VI ✧ nº. 06 ✧ 13 de Noviembre de 2011

Evangelio de este Domingo

Has sido fiel en lo poco, pasa al banquete de tu Señor

Lectura del santo evangelio según san Mateo 25, 14-30

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos esta parábola:

-«Un hombre, al irse de viaje, llamó a sus empleados y los dejó encargados de sus bienes: a uno le dejó cinco talentos de plata, a otro dos, a otro uno, a cada cual según su capacidad; luego se marchó.

El que recibió cinco talentos fue en seguida a negociar con ellos y ganó otros cinco. El que recibió dos hizo lo mismo y ganó otros dos. En cambio, el que recibió uno hizo un hoyo en la tierra y escondió el dinero de su señor.

Al cabo de mucho tiempo volvió el señor de aquellos empleados y se puso a ajustar las cuentas con ellos. Se acercó el que habla recibido cinco talentos y le presentó otros cinco, diciendo: *"Señor, cinco talentos me dejaste; mira, he ganado otros cinco."*

Su señor le dijo: *"Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor."*

Se acercó luego el que habla recibido dos talentos y dijo: *"Señor, dos talentos me dejaste; mira, he ganado otros dos."*

Su señor le dijo: *"Muy bien. Eres un empleado fiel y cumplidor; como has sido fiel en lo poco, te daré un cargo importante; pasa al banquete de tu señor."*

Finalmente, se acercó el que había recibido un talento y dijo: *"Señor, sabía que eres exigente, que siegas donde no siembras y recoges donde no esparces; tuve miedo y fui a esconder mi talento bajo tierra. Aquí tienes lo tuyo."*

El señor le respondió: *"Eres un empleado negligente y holgazán. ¿Con que sabías que siego donde no siembro y recojo donde no esparzo? Pues debías haber puesto mi dinero en el banco, para que, al volver yo, pudiera recoger lo mío con los intereses. Quitadle el talento y dádsele al que tiene diez. Porque al que tiene se le dará y le sobrá, pero al que no tiene, se le quitará hasta lo que tiene. Y a ese empleado inútil echadle fuera, a las tinieblas; allí será el llanto y el rechinar de dientes."*

Contenidos de la Hoja Semanal

- **Evangelio:** Del Evangelista san Mateo (Mt 25, 14-30)
- **Test. Misionero:** San Francisco Javier, el gigante de las Misiones
- **Magisterio:** Mensaje del Concilio Vaticano II a los Jóvenes
- **Vida Cristiana:** La Eucaristía como Sacramento

San Francisco Javier, el gigante de la historia de las Misiones

"Señor, tú has querido que varias naciones llegaran al conocimiento de la verdadera religión por medio de la predicación de San Francisco Javier..."



Nació cerca de Pamplona en el castillo de Javier, en el año 1506, de familia noble. Estudió en la Universidad de París, donde conoció a San Ignacio de Loyola, cuya amistad cambió su vida: *"¿De qué le sirve a un hombre ganar el mundo entero, si se pierde a sí mismo?"*. Fue uno de los siete primeros religiosos con los cuales San Ignacio fundó la Compañía de Jesús. Ordenado Sacerdote, se dedicó a enseñar catecismo y predicar en Roma y otras ciudades hasta que, a petición del Sumo Pontífice, San Ignacio le envió a misionar en la India; era el año 1541 y el comienzo de sus 11 años de intensa vida de misión.

Son impresionantes las distancias que Francisco Javier recorrió en la India, Japón y otras naciones. A pie, solamente con el libro de oraciones como único equipaje, enseñando, atendiendo enfermos, obrando curaciones admirables, bautizando gentes por centenares y millares, aprendiendo idiomas extraños, evangelizando y atendiendo a cuanta persona le pedía su ayuda.

La gente lo consideraba un verdadero santo y le llevaban sus enfermos para que los bendijera. Cuando se conseguían curaciones milagrosas, él consideraba que esto se debía a otras causas y no a su santidad. Se ganaba la buena voluntad de las gentes con su gran amabilidad (*"hágase amar y así logrará influir en ellos. Si emplea la amabilidad y el buen trato verá que consigue efectos admirables"*), escribía a un compañero). Hizo 13 larguísima viajes por la India enseñando, bautizando y dejando en cada sitio catequistas que continuaran instruyendo a la gente.

Se esforzó siempre por asemejarse lo más posible a la vida pobre de las gentes que le escuchaban. Comía, como ellos, simplemente arroz. Dormía en una pobre choza, en el suelo y sus viajes eran penosos y sumamente duros (*"En medio de todas estas penalidades siento un gozo tan intenso que los consuelos recibidos no me dejan sentir el efecto de las duras condiciones materiales"*), escribió). Sin embargo para poder entrar en Japón tuvo que servirse de su título de embajador portugués, conferido por el Rey de Portugal, para, vestido como tal y por la distinción que ello conllevaba, recibir permiso para evangelizar y, así, poder convertir aquellas gentes de las que admiraba la buena voluntad que mostraban.

Pero su gran anhelo era poder misionar y convertir a la gran nación china. Aunque no estaba permitida la entrada a los europeos, él consiguió que el capitán de un barco lo llevara a la isla desierta de San Cian, cercana a Hong Kong, donde, abandonado a su suerte, enfermó y, consumido por la fiebre, murió el tres de diciembre de 1552, a los 46 años. El catequista que lo asistía y un par de personas más que habían viajado con él se ocuparon de su sepelio allí mismo. Cuando más adelante quisieron llevar sus restos a Goa, hallaron su cuerpo incorrupto.

Francisco Javier fue declarado santo en 1622, al mismo tiempo que Santa Teresa, San Ignacio, San Felipe y San Isidro. El papa Pío X le nombró Patrono de los Misioneros.

Concilio Vaticano II: Mensaje a los Jóvenes

Es a vosotros, jóvenes, a quienes el Concilio quiere dirigir su último mensaje. Porque sois vosotros los que vais a recibir la antorcha de manos de vuestros mayores y a vivir en el mundo en el momento de las más gigantescas transformaciones de su historia. Sois vosotros los que, recogiendo lo mejor del ejemplo y de las enseñanzas de vuestros padres y de vuestros maestros vais a formar la sociedad de mañana.



La Iglesia, durante cuatro años, ha trabajado, para responder mejor a los designios de su fundador, el gran viviente, Cristo, eternamente joven. Al final de esa impresionante «reforma de vida» se vuelve a vosotros. Es para vosotros los jóvenes, porque la Iglesia acaba de alumbrar en su Concilio una luz, luz que alumbrará el porvenir.

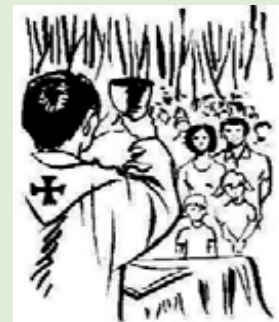
La Iglesia está preocupada porque esa sociedad que vais a constituir respete la dignidad, la libertad, el derecho de las personas. Está preocupada, sobre todo, porque esa sociedad deje expandirse su tesoro antiguo y siempre nuevo: la fe, y porque vuestras almas se puedan sumergir libremente en sus bienhechoras claridades. Confía en que encontraréis tal fuerza y tal gozo que no estaréis tentados, como algunos de vuestros mayores, de ceder a la seducción de las filosofías del egoísmo o del placer, o a las de la desesperanza y de la nada, y que frente al ateísmo, fenómeno de cansancio y de vejez, sabréis afirmar vuestra fe en la vida y en lo que da sentido a la vida: la certeza de la existencia de un Dios justo y bueno.

En el nombre de este Dios y de su hijo, Jesús, os exhortamos a escuchar la llamada de vuestros hermanos y a poner ardorosamente a su servicio vuestras energías. Luchad contra todo egoísmo. Negaos a dar libre curso a los instintos de violencia y de odio, que engendran las guerras y su cortejo de males. Sed generosos, puros, respetuosos, sinceros. Y edificad con entusiasmo un mundo mejor que el de vuestros mayores.

La Iglesia os mira con confianza y amor. Rica en un largo pasado, es la verdadera juventud del mundo. Posee lo que hace la fuerza y el encanto de la juventud: la facultad de alegrarse con lo que comienza, de darse sin recompensa, de renovarse y de partir de nuevo para nuevas conquistas. Miradla y veréis en ella el rostro de Cristo, el héroe verdadero, humilde y sabio, el Profeta de la verdad y del amor, el compañero y amigo de los jóvenes. Precisamente en nombre de Cristo os saludamos, os exhortamos y os bendecimos.

Vida Cristiana: La Eucaristía como Sacramento

Cristo, sabiendo que había llegado su “hora”, después de lavar los pies a sus apóstoles y de darles el mandamiento del amor, instituye este sacramento el Jueves Santo, en la Última Cena (Mt. 26, 26 -28; Mc. 14, 22 -25; Lc. 22, 19 - 20). Todo esto con el fin de quedarse entre los hombres, de nunca separarse de los suyos y hacerlos partícipes de su Pasión. El sacramento de la Eucaristía surge del infinito amor de Jesucristo por el hombre.



Bajo las especies de pan y vino, Jesucristo se halla verdadera, real y substancialmente presente, con su cuerpo, su sangre, su alma y su divinidad. Se le llama el “sacramento por excelencia”, porque en él se encuentra Cristo presente, quien es fuente de todas las gracias. Además, todos los demás sacramentos tienden o tienen como fin la Eucaristía, ayudando al alma para recibirlo mejor y en la mayoría de las veces, tienen lugar dentro de la Eucaristía.

- Es el Banquete del Señor porque es la Cena que Cristo celebró con sus apóstoles justo antes de comenzar la pasión. (Cfr. 1 Col 11, 20).
- Fracción del pan porque este rito fue el que utilizó Jesús cuando bendecía y distribuía el pan, sobre todo en la Última Cena. Los discípulos de Emaús lo reconocieron – después de la resurrección – por este gesto y los primeros cristianos llamaron de esta manera a sus asambleas eucarísticas. (Cfr. Mt. 26, 25; Lc. 24, 13-35; Hech. 2, 42-46).
- También, se le dice asamblea eucarística porque se celebra en la asamblea –reunión- de los fieles.
- Santo sacrificio, porque se actualiza el sacrificio de Cristo. Es memorial de la pasión, muerte y resurrección de Jesucristo.
- Comunión, porque es la unión íntima con Cristo que nos hace partícipes de su Cuerpo y de su Sangre.
- Misa, porque posee un sentido de misión, llevar a los demás lo que se ha recibido de Dios en el sacramento. Usada desde el siglo VI, tomada de las últimas palabras “ite missa est”.

El mismo Cristo – después de la multiplicación de los panes – profetiza su presencia real, corporal y sustancial, en Cafarnaúm, cuando dice: “Yo soy el pan de vida Si uno come de este pan vivirá para siempre, pues el pan que yo daré es mi carne, para la vida del mundo”. (Jn. 6, 32-34; 51).